

Ilustración generada en el Salón Princesa.
RAUL TAME



*Breve asomo al Salón Princesa
en su 30 Aniversario*

SISI LEXY LECHÓN ACOSTA

Escuela de Diseño del Instituto Nacional de Bellas Artes

Qué haríamos los diseñadores sin un salón de dibujo, sin un área donde nuestros sentidos se ejerciten al mismo tiempo que nuestra creatividad, o donde la fantasía pueda brotar sin ningún temor; un lugar donde podamos relajarnos o concentrarnos y sacar ese potencial que tenemos frente a unas cuantas hojas de papel o un lienzo en blanco? ¿Qué haríamos sin ese refugio, donde se nos cobija para crear trazos de pintura que semejan notas musicales? ¿Qué haríamos sin ese espacio de conexión con nuestro yo interno que nos permite sacar lo mejor de nosotros? Quizá “nada”, o muy poco, o al menos nos sentiríamos ciertamente disminuidos junto a otros creadores que sí desarrollasen tales habilidades y prácticas.

Esto porque, como afirma reiteradamente el profesor José Octavio Cuéllar: “el dibujo es un arte por derecho propio”.¹ Y es por ello que, no hay nada como ese espacio donde nos permitimos crecer siendo nosotros mismos, en la más intensa comunión que puede lograrse entre profesor, modelo y alumnos. En esta misma línea de valoración de la actividad dibujística, el profesor Raúl Hernández, afirmaba que: “el diseñador, como el artista y el artesano es un operador de formas de la realidad”.²

Pero volviendo a Octavio Cuéllar éste nos cuenta también cómo el Taller de Dibujo “Princesa”, ahora ya con 30 años de prolífica vida, se ha encargado del “entrenamiento visual” de casi un centenar de generaciones, de las cuales su práctica del dibujo “dice más de lo que se hubiera pretendido”.

Esta aventura colectiva comenzó en 1980, con el curso “Dibujo de desnudo” (en un inicio sólo para profesores), el cual se impartía en el salón 001, planta baja del edificio D de la División de Ciencias y Artes para el Diseño, donde operaba también la División de CyAD, por aquel entonces junto a los “gallineros” ubicados junto al Edificio Central. Más



Sesión de dibujo en el Salón Princesa. Modelo: Paulina.
Fotografía: SISI LEXY LECHÓN ACOSTA

tarde, fue en ese mismo sitio donde el profesor Gonzalo Becerra Prado comenzó a impartir clases de dibujo, una clase en la que se aspiraba a dejar “el todo por el todo”, y a despertar en los alumnos la esencia de transmitir, más que una imagen, sentimientos a través del papel.

Espacio donde nos permitimos crecer siendo nosotros mismos.



Alejandro Colín,³ citado por el propio Cuéllar, relata que, luego de algunos altibajos, el salón adquirió cierta prosapia gracias a la calidad de sus participantes y/o coordinadores, entre quienes figuraban, además de los ya mencionados: Enrique Anzaldúa, Peter Saxer, Pablo Raeder, Raúl Hernández, Víctor Muñoz, Mario Larrondo, Vicente Guzmán, Guillermo Nagano y Salvador Duarte, entre otros.

No obstante, al decir del profesor Eduardo Juárez,⁴ pasado el sismo del 85, y específicamente una mañana de 1987, inopinada-

¹ Véase José Octavio Cuéllar, “El taller de dibujo al desnudo Salón Princesa” en *Espacio Diseño*, núm. 195, mayo de 2011, pp. 32-37

² *Ibid.*, p. 33

³ *Ibid.*, p. 36.

mente y debido a inexplicables e inaceptables razones burocráticas, un día la comunidad se encontró con que el salón había sido evacuado, transformado y mejor dicho mutilado sin que se hubiese consultado a sus usuarios ni mucho menos a la comunidad y, lo más grave, sin que se diera una alternativa de digno reacomodo. Luego de solicitar explicaciones y encontrarse ante una autoridad tan sorda como errática en cuanto a dar solución al justo reclamo, no se hizo esperar la protesta académico-estudiantil y del inicial coraje e impotencia se pasó a la militancia creativa cuando se propuso continuar con los trabajos del taller, tomando como sede la sala del Consejo Divisional y ejerciendo ahí también la variante de taller dibujo de desnudo como la más provocadora acción, lo cual redundó, por supuesto, en varios jocosos incidentes.

“aunque el salón que recibimos no fue precisamente como lo convinimos, pues no tenía tal tersura, recibió el mote de Salón Princesa”.

El más sonado tuvo lugar cuando el muy escandalizado y fúrico director en turno tuvo que escuchar al fin las argumentaciones de los insurrectos sobre las condiciones para un taller propio de dibujo al desnudo, hasta que profirió su ya célebre frase burlesca: “sí, sí, ya he oído bastante acerca de las condiciones que requieren para su taller; se los voy a dejar como nalga de princesa”. Ello así y todo dio pie a un triunfo. Eduardo Juárez remata afirmado que “aunque el salón que recibimos no fue precisamente como lo convinimos, pues no tenía tal tersura, recibió por ello el mote de Salón Princesa”.

⁴ Eduardo Juárez Garduño, “De cuando el sapo se volvió princesa”: “Espacios y rincones CyAD” en *Espacio Diseño*, núm. 227, octubre de 2014, pp. 23 a 27.



Sesión de dibujo en el Salón Princesa; alumno Jacobo Cruz.
Fotografía: SISI LEXY LECHÓN ACOSTA

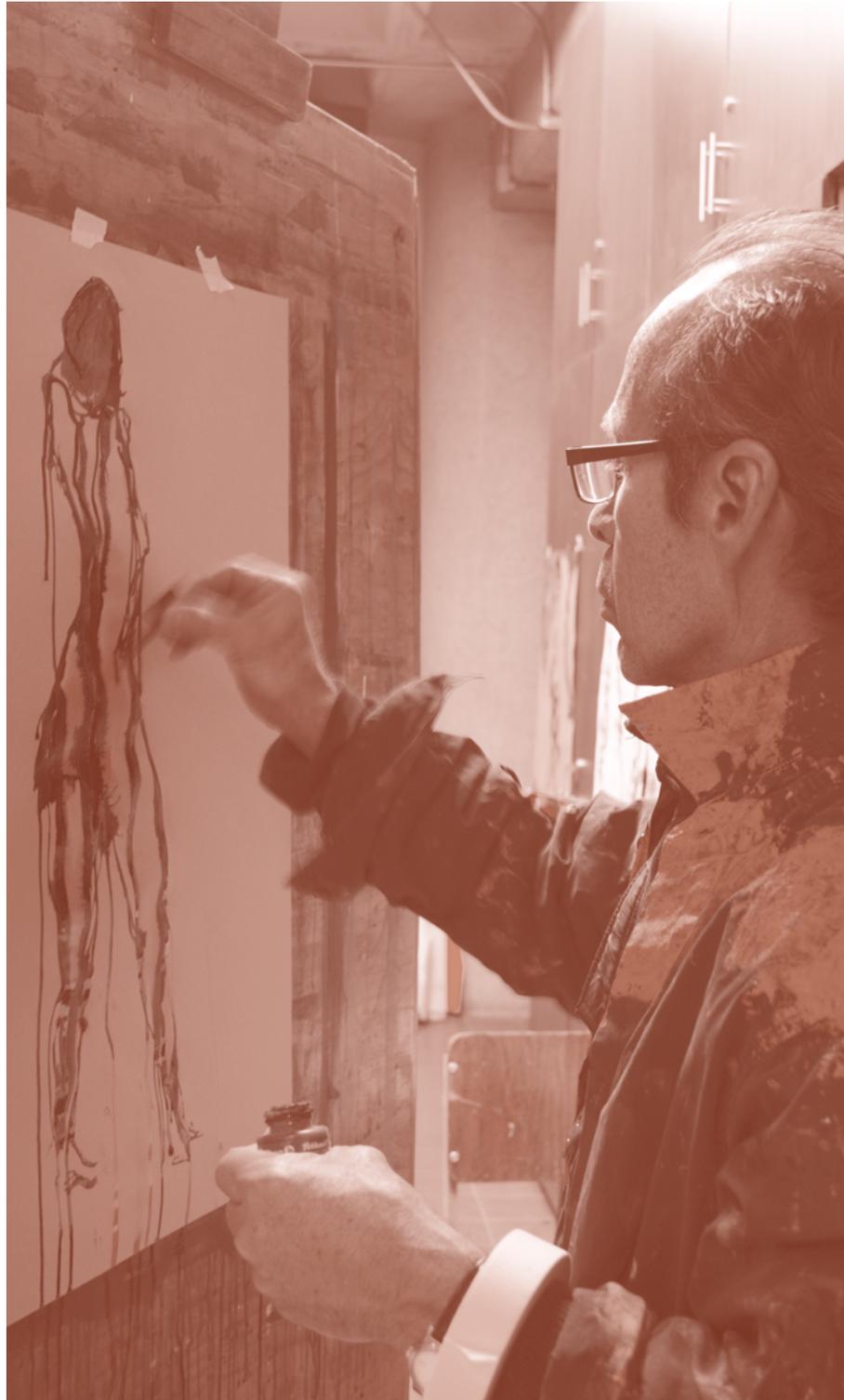
Hacia 1994, el taller retomó el ritmo que había perdido transitoriamente y comenzó a funcionar con su dinámica de Taller de los Viernes... mismo que se caracterizaba por su total libertad y la autogestión para solicitar solamente una módica cooperación para pagar a los y las modelos. En esta nueva época la coordinación fue compartida y alternada por Peter Saxer y Enrique Anzaldúa”, hasta que en 1997, un nuevo cambio importante ocurrió cuando la Carrera de Diseño de la Comunicación Gráfica en pleno se mudó al edificio R (antes 25). Ahí los arquitectos Rodolfo Santa María, Ricardo Pita y José Ángel Campos diseñaron un recinto para la sede del taller de dibujo, mismo que precedentemente fue bautizado con el mismo nombre: Salón Princesa. En esta más reciente época se integran colaboradores tan entusiastas como Benito Antón, Ramón Villegas, Raúl Tame, Jorge Contreras, Héctor Pacheco, Maux Gómez, Alejandro Colín, Martha Flores o Eduardo Juárez.

De entonces a ahora, asimismo se han realizado varias exposiciones colectivas en las que se destaca cómo en este espacio académico y de creación “se materializa la imagi-

nación, la creatividad, el fuego, el erotismo, la sensualidad, el pulso, la respiración, el instinto y la intuición”.⁵

Se celebran ahora los 30 años del Salón Princesa y tal y como aconteció en sus anteriores aniversarios destacados, los de sus x, xv, xx o xxv años, se esperan festejos y actividades, donde además se recuerde y homenajee a todos aquellos que han formado parte de su épica leyenda.

La comunidad académica de la División CyAD e inclusive el público en general que tiene o ha tenido la oportunidad de asistir a este taller celebrará su trascendencia como proyecto, cuya principal virtud seguirá siendo el permitir la enseñanza, la observación y la práctica, a fin de que florezcan los trazos en libertad, acompañados de la respectiva fluidez y posibilidades de experimentación, amén de reforzar, sin atávicos moralismos, lo hermoso que resulta trabajar en torno al cuerpo humano. Al respecto, señalemos también que, para ilustradores, dibujantes, artistas, arquitectos y todo tipo de diseñadores, resulta fundamental tomar en cuenta las proporciones del cuerpo, toda vez que ello constituye la base de su trabajo. Esto porque existe la procedente consigna de diseñar para la gente y no para uno mismo; es decir, diseñar para quien lo necesita; una labor para la cual, sin duda, ejercitar esta bella disciplina del dibujo ayuda, y resulta más que cardinal.



Octavio Cuéllar en el Salón Princesa.
Fotografía: SISI LEXY LECHÓN ACOSTA

Véase *Semanario de la UAM*, vol. xviii, núm. 13, 28 de noviembre de 2011. www.uam.mx/semanario/xviii_13/files/assets/se0/page18.html